

Madrid 22 Diciembre 1912.

Año I.—Núm. 1.

EL GRAN BVFON

Semanario ilustrado de humorismo.
14, Núñez de Balboa.—Teléfono 3.760. Apartado de Correos 618.



— ¡Agradecidísimo, nena! ¿dime: Entre tantos amigos jóvenes, ¿cómo me has escogido para cenar a mí, que estoy con prórroga en la vida?
A.— Porque esta noche, la Nochebuena es para mí... (Dibujo de R. Marín.)

20 céntimos.



(Dibujo de R. Marín.)

¡Vaya á V. á entenderlo!

Está visto, los niños para sus padres, y los padres para quien los logre entenderlos.

Voy á referir á ustedes lo que me sucedió días pasados con un matrimonio, un matrimonio con un niño, preciosa criatura de cuatro años, al que por primera vez, y en honor mío, sentaron á la mesa para comer con nosotros.

—A mí me gustan tanto los chiquillos de los demás que quizá esta sería la única razón que me hubiera decidido á casarme. El chiquillo era una monada, un poco travieso, sí.

Nos sirvieron la sopa, estaba abrasando...

—Que se va á quemar el niño—advertí yo paternalmente—. Espera que se enfríe un poco monín.

—No; déjele usted; por no oírle rabiar si se le quita el plato.

—¡Ah! ¿Rabiar?

—Sí, por todo, está muy mal criado.

—¡Ah! ¿Le han dado ustedes á criar fuera?

—No; pero su padre le consiente tanto... Por no oírle rabiar;

En efecto, el niño se abrasó con la sopa... y no paró en esto, sino que, rabiendo y pateando, se volcó el plato encima y se abrasó todas las piernecitas y las manos, y qué sé yo. Yo me desvivía por aplicar remedios; los pa-

dres no le daban gran importancia al incidente... Yo admiraba su calma. Después se le antojó al niño comer el postre antes que los demás platos; arremetió contra un frutero, y ríanse ustedes del elefante Pizarro... se atracó de guindas, de plátanos, de albaricoques.

Este niño va á reventar, me permití exponer á la consideración de los padres.

—Sí, señor; el mejor día... pero por no oírle...

Aquello «del mejor día» me dió en qué pensar. ¿Quién hubiera creído? No había duda, aquellos padres abrigaban un propósito criminal... ¿Quién sabe? Tal vez detrás de todo aquello se ocultaba un horrible drama de familia. Cuando dos padres, personas de educación y de sentimientos delicados llegan al infanticidio... Yo ya no atravesaba bocados...

Después de aquel atracón de frutas se empeñó en que le habían de dar café con leche... y aquellos padres, Borgias, le llenaron un tazón; entretanto se comía cuatro ó cinco terrones de azúcar. ¡Qué horrible cuadro! Después descubrió sobre el aparador no sé qué golosina, y arrimando una silla fué á encaramarse y cayó rodando con silla y dos ó tres platos encima... Chichones y contusiones de segundo grado... Después oyó que un piano de manubrio tocaba en la calle; abrió

el balcón, arrimó otro silla... y ya no quise ver más, y para acabar antes llamé al niño con perversa dulzura.

—Ven aquí, minín—. Lo cogí suavemente; le levanté sobre mi cabeza y le dejé caer al suelo como una pelota... Y entonces... ¡Ah! No quieran saber ustedes lo que pasó entonces. Los padres se dirigen á mí como dos energúmenos; la madre llega á poner sus uñas en mi cara; el padre los puños.

—¿Qué hace usted, asesino? ¿Va usted á matar al niño? ¿Qué salvajada es esa? No ve usted que ha podido matar al niño.

Yo no pude contenerme más. Aquello era demasiado.

—Pero, vamos á cuentas, señores míos, ¿No es eso de lo que están ustedes tratando? Yo he querido ahorrarles á ustedes ese trabajo y padecimientos al niño...

Oír esto y arrojar sobre mi cabeza más de media vajilla, todo fué uno... Salí de aquella casa para no volver á poner los pies en ella, como pueden ustedes figurarse... ni en ninguna...

Yo, que había creído interpretar sus deseos de la mejor manera, ver que así me lo apreciaban... ¡Oh, Humanidad! ¡Humanidad!

Después de todo esto renunció á comprenderle.

JACINTO BENAVENTE.



Una pequeña estafa.

¿Queréis saber por qué soy tan indulgente cerca de algunas pequeñas deshonestidades que la vida obliga á cometer? Era un 30 de Octubre. Yo económicamente me consideraba un hombre feliz. Por la noche estaba invitado á comer, y para pensar en el almuerzo del día siguiente, aun tenía cinco pesetas en el bolsillo.

Con cinco pesetas me era permitido ofrecerme un cubierto de prócer. Pocos meses, en verdad, había llegado al último día con un immaculado duro.

Disponíame á salir de casa, cuando llamaron. Era un cariñoso amigo que en aquella noche veía patinar la cena y solicitaba un pequeño préstamo.

Dividí paternalmente el duro mitad por mitad; con dos pesetas cincuenta céntimos tenía para un modesto condumio.

Y pian pianito, me encamné á la mañana siguiente á un restaurant de pocas pretensiones, decentemente presentado.

En tan inoportuno momento vinome á los brazos un compañero, al que había prometido en varias ocasiones invitarle á almorzar.

Ocasión más propicia...

No había escape.

—¿Vas á hacer por la vida?

Imaginad la expresión de temor, la hipocresía de mi sonrisa en la respuesta:

—Excuso decirte, que si quieres acompañarme... me atreví á decir jugándomelo todo.

—Gracias, chico, lo siento; pero hace un cuarto de hora que acabo de levantarme de la mesa. He comido... y bien.

Mi corazón volvió á latir regularmente.

—Sin embargo, entraré contigo. Hablaremos mientras tú comes.

Y penetramos en el restaurant.

Dimos una vuelta á la política, á la literatura, al teatro y perdonamos la vida á mucha gente.

Me disponía á partir un trozo de bisté, cuando...

—Ché, ché, debe estar apetitoso—exclamó mi amigo, alegrándosele la mirada.

Yo estuve á punto de desmayarme, porque ante aquella indirecta lo había comprendido todo.

—Comería un poquito...

—Es un poco pesado así en plena digestión—me atreví á insinuarle, ya en la última trinchera.

—¡Bah! Yo digiero mejor que un avestruz.

—Está un poco duro, no creas.

—El hierro es un merengue para mí. Y pidió triamente otro bisté. Hice mi cuenta: dos bistés, 1,20; 0,40 de vino, 1,60, y 0,30 de pan, 1,90; me restaban aún 60 céntimos. Era un magnate.

Sonrei y escancié en la copa de mi amigo.

El detuvo mi mano. Tuve por un momento la esperanza de que no bebiera más que agua.

—No; yo prefiero cerveza. Y pidió un bock.

Hice rápidamente la cuenta: 1,90 y 0,35 igual 2,25.

Estaba aún en el límite de lo posible; pero una vana inquietud me atormentaba, lo confieso.

Seguí almorzando, muy despacio, para ver si mi amigo se impacientaba y se iba, pero cá, rápidamente el bisté había desaparecido en su garganta como si fuese una pastilla.

La fatalidad quiso que el camarero, espontáneamente, me ofreciese queso de bola, que estaba muy fresco.

Quise resistir á la tentación, porque tenía apetito; por otra parte, había hecho mi cálculo: 2,25 y 25, igual 2,50. ¡Justo!

Aunque con la vergüenza de no dar propina. Yo hice cuenta de que mi amigo se había distraído y me dispuse á meterle mano al queso, de modo que no le diera tiempo de enterarse; pero sí, sí.

—¿Qué comes?

—Un poco de queso.

—¿Es bueno?

—Regularcillo, nada más, no creas.

—No importa. En un restaurant económico no se puede ser exigente.

Yo le ofrecí un pedazo.

Pero él no aceptó.

—Vamos, es considerado—pensé.

—No, no quiero privarte. Pediré una ración.

En el cerebro sentí oleadas de sangre; la vista se me oscureció y una terrible cifra aparecióseme obsesionante: 2,40 y 25 céntimos, igual 2,65.

¡15 céntimos! ¡Afrentoso! ¡15 céntimos me faltaban! ¡Qué sonrisa irónica la del camarero! ¡15 céntimos! La confesión de mi miseria, el ridículo más espantoso.

Llegó el terrible momento. El camarero no esperó mi pregunta para presentarme la cuenta.

Desde aquel día yo creo en la doble vista: sin volver la cabeza sentía á mi hombre acercarse con el papelito cruel. Yo cerré los ojos instintivamente. Mi amigo exclamó:

—Oye, oye, 2,35; no es caro.

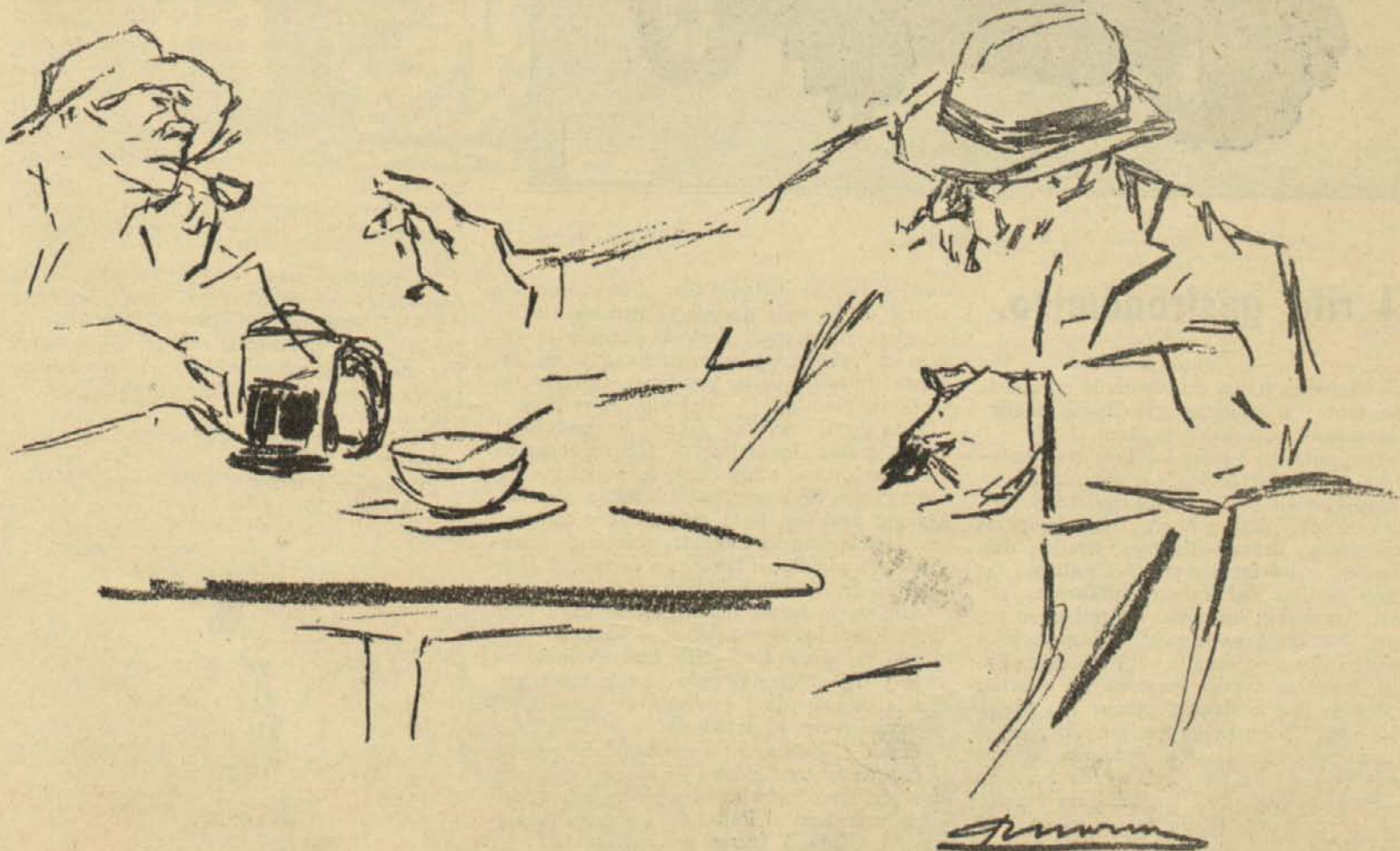
—¿2,35? Y metí la nariz en la cuenta.

¡Ah, lector! Hay una providencia para los hombres buenos. El camarero se había olvidado de incluir la cerveza.

A puñados me puse el abrigo, y salí empujando, llevándole á empujones á mi amigo, que aun quería que estuviéramos un ratito de sobremesa.

¡Canalla!

LUIS GABALDÓN.



EL SR. RÖNCEVALLE.—¿V qué opina V del tratado franco-español que nos ha salido?
EL SR. GUADALETE.—Si quiere V. que le sea franco, poco español.



La Nochebuena del rico.

(Dibujo de Félez.)

El rito gastronómico.

La ciudad se había transfigurado porque la fecha santa de conmemoración hacía luminosos los corazones. Y todo era fiesta.

No se miraban torvos los hombres, embebecidos en el espectáculo de la abundancia comercial. Pendían del techo los embutidos, fulgentes de oro, plata y estaño como lámparas de maravilla; flecos brilladores, rizados, desbordantes, envolvían los perniles rollizos; las plumas gentiles del faisán cruzábanse, elegantes, graciosas; los pollos mostraban su pchuga; los pavos su engreída robustez, y el jamón en dulce su dorada cubierta, tentador.

Los hombres todos, entraron en aquellos templos de la abundancia, porque una misma fe los unía: era preciso festejar con gozo el advenimiento. E hicieron donación de sus tesoros para que la libación sagrada fuera en magnificencia digna del acaecimiento magno.

En la cesta engalanada fueron cayendo la cabeza del jabalí, el capón, la roja lengua á la escarlata, la anguila de mazapán, salpicada de grajea fulgente y de flores de delicadeza

exótica que se balanceaban cadenciosas por virtud de su talle flexible. Cartuchos de almendras reventaron, dejando escapar su tesoro en granizada esperanzadora, y un torrente de mandarinas, manzanas, turrónes, se desbordó colmando y rebosando el cestillo.

Una gentil canéfora galaica le condujo al hogar, y tras ella el jefe de familia abrazaba sobre su pecho, tanto como le permitían los brazos otros ricos presentes: botellas, almejas, besugo, *pudding*, tarta de Pascua y entremeses. Detrás iban los inocentes golpeando atambores y soplando en trompetas porque el Hijo de Dios había hecho humano.

Allá en la calma del hogar, al calor tibio de la intimidad de corazones en bien con Dios y con los preceptos, cada cual examinó su vida y dió gracias al cielo porque todos vieron la providencia y comprendieron que Dios les guiaba con su sabiduría.

Habló el padre con la majestad del generador, y de la sopa clásica de almejas que bendecía se elevó nube humeante que le envolvió como envuelven al Padre las nubes celestiales en el empíreo. Y fueron sus palabras así:

—Dijo Jesús llamando á sus discípulos: «Tengo lástima de la gente que ya hace tres

días que perseveran conmigo y no tienen que comer; enviarlos ayuno no quiero, porque no desmayen en el camino.» Así debemos hoy honrar los manjares que el Padre nos envía. Comer es orar.

Y la madre pensaba, descansando en el vientre fecundo las ubres nutritivas: «Amor desatendi; prudencia oí en la edad inexperta de las pasiones; di mi cuerpo en casamiento por cálculo, y he aquí ahora que, bien comida, envidiada en mi posición por las amigas locas de otros tiempos, Dios premia mi previsión, y cuanto más apeteci me ofrece en este día.»

El niño dió un zurrído á la sopa con la cuchara, como si estuviese redoblando el parche sonoro, y aquello fué un desbordamiento del caldo castizo.

La canéfora la enjugó con un lienzo; el vientre de la madre retendió de reg cijo ante la peripecia, y todo fué holgorio, que donde hay honradez jamás falta la dicha y el contento.

Vinieron platos y más platos. Los manjares deglutidos con el apetito que al hambre da la conciencia tranquila, fueron proporcionando al sér el aplomo satisfecho del deber cumplido.

El alimento es cuerpo del Señor; el alimento es necesario para continuar el camino; eran las palabras del Señor. El padre levantó en alto el *rosbif* con ademán triunfante; la madre mordió la pata torricada y mantecosa del capón, con ingenua y llana voracidad; el niño se chupó los diez dedos empleados en coger la sabrosa capa de pan frito tostado que cubría el besugo.

Ya los comensales jadeaban, se quejaban riendo, sin poder más; pero la alegría de la conmemoración les hacía reaccionar: era preciso honrar la noche. ¡Un día es un día!

Y á la ríojana sangre del que aquella noche nacía pidieron ayuda para que el ágape de ritual pudiera consumarse. Elevaban la copa á la altura de los ojos y enternecíase la mirada al contemplar cómo la luz, en milagrosa transfiguración, hacía brillar en el fondo de la copa el sagrado rubí del Santo Graal.

Al llegar á los postres, el sacrificio había cumplido, ampliamente, hasta saturación.

Los mayores, sin fuerzas, considerando cumplida la tarea, se abandonaron al delirio de un sopor delicioso que les aletargaba como si oyeran música de arcángeles. El niño volcó los fruteros, se revolvió á su sabor entre almendras, huesos de capón, mandarinas y nueces.

La canéfora tragó lo que sobraba, en la paz silenciosa de la cocina, trasegó el resto del Rioja simbólico, se estiró espatarrada contra el fogón, y cruzando sobre el pecho aquellas manos que el tabaión y la lejía habían puesto un poco tumefactos, durmió en el regazo del Redentor.

Habíanse cumplido las palabras del Evangelio:

«Y comieron todos, y se hartaron. Y alzaron de entre los pedazos siete espuelas llenas».

MANUEL ABRIL.





El Gran Bufón Canta Villancicos

Dicen que en la «Editorial»
hay un viejo haciendo gachas,
y Sacristán regatea
el honor de las muchachas.
¡Carrasclás! y qué gracia tiene
¡Carrasclás! lo de *El Liberal*,
¡Carrasclás! se quedan sin cuartos
¡Carrasclás! ¡Carrasclás! ¡Carrasclás!

La otra tarde en el Congreso
Gabrielito Maura habló,
y estuvo tan bien el nene
que hasta Morote aplaudió.

Borregos venid,
mauristas llegad,

á adorar al niño
que es como papá.

Creo que *el Bomba* enfadado
—y Belluguíta le apoya—
ha dicho á los periodistas
que no le toquen la Goya.

Ande, ande, ande,
la marimorena,
si lo dice en serio
¡ésta sí que es buena!

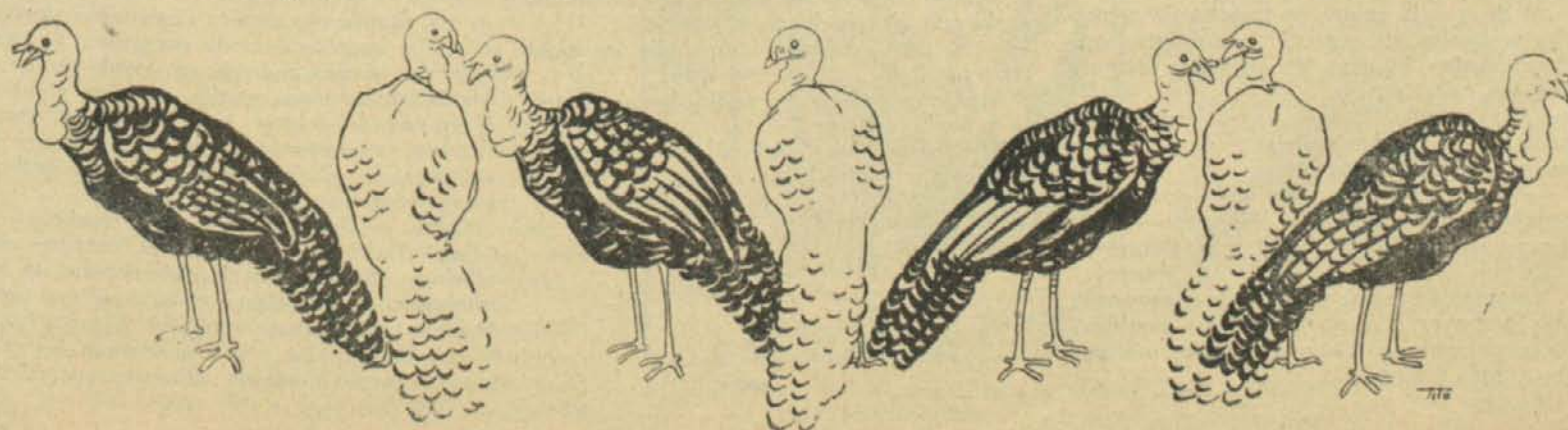
No sé si en bromas ó veras
con buena ó mala intención,

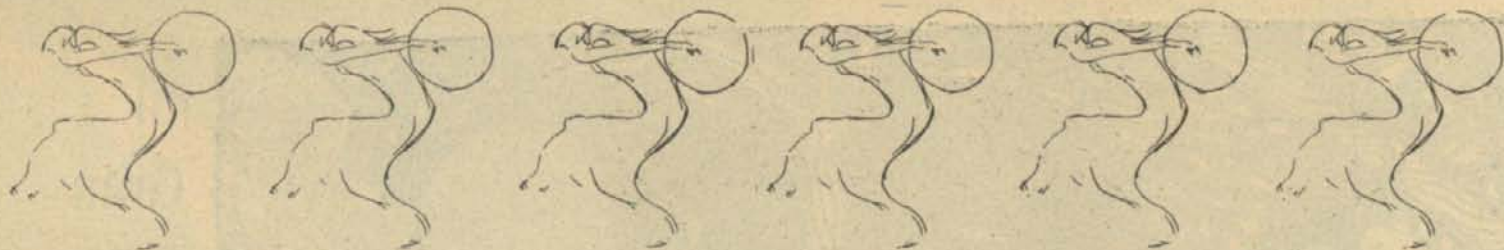
«La Comida de las Fieras»
la hacen «Repas du Lion».

Críticos venid,
currinches llegad,
y aprended el arte,
de decir verdad.

Al otro lado del mar
se han pegado dos toreros,
«El Duende» no entra en Totana
ni tiene gracia Ontiveros.

Ande, ande, ande,
la marimorena,
¡qué cosas nos pasan
aquí y en América!





CUENTO

Por qué mató Minguito.

Si no nacieron juntos, juntos y abandonados les dejó desde muy pequeños la suerte en mitad de la calle. Frios, nieves, lluvias y escarchas las disfrutaban en común; también disfrutaban en común los mendrugos recogidos por su miseria, y el agujero donde entraban arrastrándose para dormir. Este agujero, situado en un montecillo, fuera de la ciudad, era su habitación. En ella moraban un poco mejor que los reptiles y mucho peor que los trogloditas.

Sólo una cosa guardaba cada cual para sí: el bote receptor de las recogidas colachas, cuyo tabaco vendían ellos y revendían por nuevo otros, lavándolo previamente, aromatizándolo y envolviéndolo en papel con boquilla y áureo escudo.

¡Poco relan los dos minúsculos compañeros, viendo á los señoritos echar vanidosamente á la atmósfera el humo de los tales cigarros!...

Hasta los nueve años partieron el dormitorio por igual; hombro con hombro, sirviendo los brazos del uno de almohada para la cabeza del otro, transcurrieron sus noches sin más contratempo que algún tropezón brusco dado al revolverse sus cuerpos ó algún sobresalto traído á sus nervios por el roce viscoso de un lagarto trasnochador.

El agujero, ventaja única de su estrechez, era muy abrigado. Cerrando su boca con haces de ramaje, desafiaban los golfetes el frío, el viento y la humedad.

—Aquí dentro—solía murmurar Boliche—el aire se entibia y hasta pesa sobre la carne. Igualmente que se envuelve una manta.

Minguito escuchaba á su compañero, un algo mayor que él, con gesto aprobatorio. Era de afable condición.

Boliche, más huraño, más egoísta, aprovechaba esta afabilidad para imponer sus voluntades.

Verdad que era más fuerte y en muchas ocasiones salió por Minguito en sus peleas con los golfos, y se les impuso á puñetazos.

El otro, agradecido á la defensa, admirado del vigor de su compañero, se dejaba mandar por él y acataba sus órdenes, siquiera ellas fuesen en muchas ocasiones contrarias á la fraternidad que entre ambos estableció la suerte.

Al fin y á la postre se trataba de pequeñas molestias, de concesiones mínimas, que no merecían la pena de enfado y disputa con tan cabal amigo.

Cierta noche Boliche, más grueso que Minguito, no juzgó suficiente para su acomodo la mitad de la cama.

—Córrete un poco más allá—gruñó empujando suavemente á Minguito—. Tu cuerpo es más flaco que el mío. Ocupa tu justo con él y déjame á mí lo que sobra.

Minguito se retiró unas mijajas, creyendo que la mayor gordura de Boliche justificaba su designio; y Boliche durmió más ancho y más á gusto.

A poco tiempo ya no se conformó con el sitio ganado; quiso una cuarta más. Como se negara Minguito á complacerle, quiso por la fuerza el terreno, empujando bruscamente á su socio contra la pared de la cueva.

El empujón y la pérdida del cacho de terreno, malhumoraron á Minguito; un juramento escapó de su boca; pero tenía sueño, los puños de Boliche se apretaron cerca de sus ojos y los cerró por no ver aquéllos puños y durmió sin más protesta. Después de todo aún no estaba prensado contra la pared.

Prensado fué á las pocas noches, que Boliche, abriéndose de piernas, poniendo al ancho el corpachón y embutiendo sus manos en el estómago de Minguito le hizo pegarse contra el muro; quiso el perjudicado defender su derecho y un tremendo puntapié de Boliche sentenció el pleito en instancia última.

—Paciencia—murmuró, el aporreado golfillo.—Aún se puede dormir, aunque sea de canto.

Ni de canto lo hizo á las cuatro noches. Noche de frialdades fué; la helada era negra, de esas en que la escarcha borda el suelo con lentejuelas de azabache.

Cuando Minguito, que llegaba al dormitorio con retraso quiso entrar en él oyó la voz de Boliche, gruñendo ahuecada por el tornavoz del boquete:

—¡Eh, tú!... ¡No entres! ¡Se te acabó el entrar aquí! Quiero pa mí solo la cama. Busca otra.

—¡Pero!...

—Ni pero, ni pera—exclamó Boliche saliendo de la cueva—. ¡Largo! De lo de dentro no tendrás, ni un granito de arena! ¡Largo que todo me hace falta!...

Y acompañando el discurso con un revés que tendió á Minguito cuán largo era, retornó al agujero.

Minguito quedó inmóvil, tumbado encima de la escarcha dejando que el hielo le envolviese como un fanal mortuario.

De repente se incorporó; sus ojos relampaguearon con ira; rechinaron sus dientes; enderezó el busto y puso oído á la covacha. Boliche roncaba dentro de ella.

Minguito, abriendo una navajilla que guardaba entre sus harapos, entró por el boquete arrastra, con deslizamiento de reptil; llegó junto á Boliche y le hundió la hoja en la garganta. No hubo en el durmiente más que una total sacudida. Minguito cogiéndole por una pierna le sacó de la alcoba y le dejó sobre la escarcha que bordaba el suelo con lentejuela de azabache.

—¡A ver!—dijo—se empeñaba en quererlo pa él tó...

Al menos esta noche podré dormir á gusto y ancho.

Y, doblando en ángulo el brazo matador, le hizo almohada de su cabeza.

JOAQUÍN DICENTA.



DIALOGOS INUTILES

El agua que no se beberá.

Dentro de un café, que cierta tertulia de escritores, pintores y dibujantes ha hecho intelectual, donde son compatibles Debussy, Grieg, Beethoven, con las medias tostadas, los picatostes y las aceitunas rellenas de anchoas.

Como es noche de Nochebuena, en el café no hay más que los intelectuales, una señora gorda, golfa y sentimental, y dos individuos.

El violinista, de pelito rizado y relucientes boros en el dedo meñique, toca para los intelectuales, que le escuchan absortos, mientras fuman las pipas ó dibujan obscenidades suprasensibles sobre el mármol de la mesa común. La señora gorda, golfa y sentimental, pierde lastimosamente el tiempo, el dinero y las miradas lánguidas.

Los dos individuos hablan en voz alta, sin cuidarse de las miradas lánguidas de la señora, de las miradas furiosas del violinista y de los siseos indignados de los intelectuales.

Se han metido en aquel café de las sonatas con gotas lo mismo que podían haberse metido en el Gran Teatro ó en un cinematógrafo para ver los cuatro mil quinientos metros románticos de *Los miserables*. Para aburrirse más que en la calle.

¡Oh, las calles de Madrid en esta noche de recuerdo y de emoción!

De los barrios apartados, de los patios lóbregos, de las casas-cubiles surgen los invasores. Son hombres ebrios, mujeres enardecidas, golfos larapientos. Golpean latas, panderos, almireces, sartenes, tapaderas; aullan, cantan, gritan, blasfeman, mugen y rebuznan. Ellas—despeinadas, sudorosas—y ellos, enloquecidos por el alcohol, los cánticos y la libertad.

Y siempre, dominando el estrépito, las voces de la mujer, que excita al hombre y le hace vibrar los nervios, latir las venas y lo empuja hacia el espasmo, la sangre ó la gloria.

A los dos individuos les sirve para su conversación este holgorio que al pianista rizado le estropea un gracioso «andante» con la clásica ironía de que la estanquera ha parido

¡una espuerta de raaatones!

UNO.—Es curioso este aspecto de Madrid. Curioso y peligroso.

OTRO.—¿Por qué peligroso?

UNO.—Porque Madrid no se da cuenta de lo que significaría para la ciudad una desviación del impulso de toda esa gente. Si esos hombres, si esas mujeres, en vez de cantar y blasfemar hubiesen sentido hambre y odio, si en vez de golpear latas, almireces, panderos y sartenes manejaran picos, puñales y trabucos, la ciudad temblaría y el espectáculo sería más hermoso.

OTRO.—(Encogiéndose de hombros).—¡Bah! Todos esos bárbaros son incapaces de rebelarse. Se entregan al noble deporte de la zambomba, los rabeles y el morapio con una fruición perfectamente estúpida. Algunos hasta se visten faldas y se embadurnan las caras con corcho quemado. Claro es que riñen

entre sí é incluso se golpean; pero luego, con la misma facilidad que empiezan los golpes acaban los contendientes bebiéndose unas copas ó abrazándose enternecidos entre los aplausos y vítores de la maloliente concurrencia. Repugnante, amigo mío, hediondo.

UNO.—Sin embargo, no siempre acaban bien esas trifulcas.

OTRO.—¿Habla usted de las Comisarías, de las Casas de Socorro?

UNO.—Eso es.

OTRO.—Ahí ya estamos un poco más de acuerdo. Ir á la Comisaría, abrir el vientre á uno de esos bárbaros ó darle dos puntapiés certeros á cualquiera de esas mujerzuelas, es ya un honor. Plebeyo, sanguinario, fuerte, como usted guste llamarle; pero al fin y al cabo es un honor. Se desquita uno de haber hecho el burro.

(Pausa. La calle queda un momento silenciosa. Lejos suenan los gritos, los instrumentos ensordecedores. En el café, el violinista rizado y los intelectuales saborean los sabios maullidos del violín.)

UNO.—¿Qué diferencia de la fiesta del hogar, del *home*, como dicen los que estudian el primer año de inglés! La fiesta familiar es de una dulzura, de una penetrante paz que rompe los malos pensamientos, que adormece la maldad.

OTRO.—No diga usted tonterías, hombre. La cena en familia es una cosa insostenible. Esó de reunirse los chicos y los grandes, las cuñadas, los consuegros, los niños, los jovenzuelos y alguna que otra tía vieja y enferma del estómago en torno de la misma mesa, acaba por embrutecer. Luego se comen y se beben cosas absurdas: sopa de almendra, besugo, coliflor, berenjenas, compotas, anisete, aguardiente de guindas, moscatel, valdepeñas, sidra ó champán y una copa de benedictino. Los chicos le manchan á uno la ropa, le obligan á cantar villancicos ante el nacimiento. A la tía vieja se le atraganta una espina de plomo la sopa de almendra en el estómago enfermo. Las cuñadas empiezan tirándose pullas sobre el modo de vestir y el sistema pedagógico de los hijos respectivos, y acaban hablando de la herencia futura de los consuegros. Los jovenzuelos beben más de lo debido y se ponen malos. Luego se sale á misa del Gallo y coge usted una pulmonía en lugar de cogerla su mujer ú otra persona igualmente molesta.

UNO.—¿Pinta usted las cosas de un modo, amigo mío!... Entonces ¿le parece á usted mejor la Nochebuena del solterón?

OTRO.—Tampoco. El solterón es un infeliz esta noche. Si es rico cena en el Casino, pierde unos miles de pesetas en la ruleta ó en el baccarrá; luego cena con una desnudable de veinte ó veinticinco duros—en Madrid sabe usted que es la tarifa máxima—, y como está borracho de champán no disfruta las ciento ó ciento veinticinco pesetas. Si es pobre se aburre en un cine, se cree en la obligación de hacer caso á una individuo de modestas pretensiones, y allá para Reyes le traen los Magos un cuponcito que hay que cortar y canjear en ciertas Clínicas.

UNO.—No me convence usted. La Nochebuena es una fiesta llena de emoción y de ternura. Hasta ahora hemos hablado de la ciudad. Pero ¿y en las aldeas?... El campo, dormido bajo la nevada; los panderos sonando en la noche; la torre de la capilla en el fondo, dando al aire la alegre voz de su campanil. Por los senderos, que la nieve ha borrado, van las mozas, los mozos, las viejucas envueltas en sus mantos de recio paño, y los labriegos encorvados por la gleba...

OTRO.—Muy bonito para un extraordinario de esos de Noel, que publican los periódicos extranjeros; pero falso, brutalmente falso. Las mozas van á misa del Gallo porque las

gusta la obscuridad del campo y las apreturas de las capillas junto á los mozos, cuyas manos saben los secretos de los refajos y de los corpiños. Las viejas van porque á su edad se duerme mal y es preferible murmurar unas

con otras á velar junto al hogar frío ó dentro del camastro. Los hombres van porque el cacique y el cura están unidos para explotar el pueblo y saben que si faltan lo pagarán en aumento de contribución ó de pérdida de tierras ó falta de trabajo. Pero á todos les tiene sin cuidado Jesucristo y el aniversario de su nacimiento.

UNO.—¿Y la Nochebuena en el mar? El trasatlántico, lejos de todas las patrias, avanzando sobre las aguas tranquilas, mientras sobre cubierta bailan las damas vestidas de fiesta, y pasan entre ellas los camareros correctos llevando helados y licores.

OTRO.—Es usted un enfermo, amigo mío. Padece usted una sensiblería aguda. ¿Por qué no piensa usted en las Nochebuenas de galerna, en los barcos de vela perdidos, en el emigrante que murió el día anterior y hay que sepultar en el mar con una bala de cañón atada al cuello?

UNO.—Porque es mejor pensar en lo bueno y en lo bello. Por ejemplo, esas fiestas de caridad aristocráticas que se celebran para que en la Nochebuena no les falte alegría á los pobres.

OTRO.—¡Alto ahí! Le tolero la sensiblería. Lo que no tolero es la falsedad.

UNO.—¡Hombre! Me parece muy fuerte. Yo no digo ninguna falsedad.

OTRO.—Habla usted de caridad aristocrática, de fiestas para los pobres, que es lo mismo.

UNO.—(Que todavía cree muchas bellas mentiras contemporáneas.)—Cambiemos de conversación.

(Pausa. Vuelve á atravesar la calle el estrépito de una pandilla de mujeres, hombres, chicos, sartenes, latas, villancicos, blasfemias, risas.)

UNO.—¡Otra vez los bárbaros!

OTRO.—«De ese agua no beberé.»

UNO.—¿Quién sabe?

OTRO.—Yo lo sé. En una noche como esta lo mejor es acostarse temprano.

UNO.—(Después de mirar el reloj.)—Pues hoy no se acuesta usted temprano.

OTRO.—¿Qué hora es?

UNO.—Van á dar las doce. Cristo va á nacer dentro de un momento.

OTRO.—(Poniéndose en pie y empezando la lucha con el abrigo y la bufanda.)—¡Ah! ¿Pero usted cree que Cristo nace todos los años?

UNO.—(Luchando también con el abrigo y la bufanda.)—Hombre... ¡tanto como nacer!... Pero es un pretexto para comer turrón, jugar á la lotería y cobrar adelantada la paga del mes de Enero...

Salen á la calle. La Puerta del Sol está llena de gente y de ruidos.

Los dos amigos se encuentran de pronto con una pandilla que les rodea gritando y aplaudiendo. Son los compañeros solteros de su oficina. Van un poco borrachos y llevan dos mujeres alegres. Uno y otro se resisten breves momentos y acaban por dejarse arrastrar.

Atraviesan la Puerta del Sol. Su grupo se encuentra con otro que venía en dirección contraria, y después de breves palabras de salutación se cogen del brazo unos y otros y siguen juntos cantando con mayor entusiasmo y embruteciéndose concienzudamente.

A la madrugada, uno y otro, despiertan en casas desconocidas junto á mujeres desconocidas.

Han cruzado Madrid, escandalosos, cantando, gritando, riendo, bebiendo; han soñado, se han golpeado, han caído, en fin, en la contagiosa barbarie de la multitud.

Pero no han ido á la Comisaría ni han enviado nadie á la Casa de Socorro. Les faltó este bello gesto fuerte y rebelde.

JOSÉ FRANCÉS.



La Nochebuena del otro. Historia de malas costumbres muda, pero elocuente.



Julio Dantás. La Cena de los Cardenales. Traducción de F. Villaspesa.

Personajes.—Cardenal Gonzaga de Castro; Obispo de Albano y Carmalengo.—Cardenal Rufo; Arzobispo de Ostia y Deán del Sacro Colegio.—Cardenal de Montmorency; Obispo de Palestina.—Fámulos. • La acción en Roma, en el Vaticano, durante el Pontificado de Benedicto XIV. Siglo XVIII.

Acto único.

Una gran sala en el Vaticano. Paredes cubiertas de tapices de Arras. Amplios techos de artesanos de talla dorada. Un retrato del Cardenal rojo, de Raphael, sobre la chimenea. A la derecha, en primer término, el clave, el violín y el violoncello de un terceto clásico. Altos estantes fruteros. Luces. Al fondo, un largo taburete, donde descansan las capas, los sombreros y los bastones. A la izquierda, en primer término, un gran armario cargado de vajillas de oro y plata repujada. Casi en el centro, el buffet donde cenar los cardenales. Mantel de holandilla picada de encajes; servicio de Sévres, blanco y oro. Cristalería.

ESCENA UNICA

(Cardenal Gonzaga, Cardenal Rufo y Cardenal Montmorency, sentados a la mesa, cenando. Los fámulos, vestidos todos de verde y plata, les sirven de rodillas.)

CARDENAL RUFO

(Visiblemente enfadado.)

¡Oiréis lo que les digo!...

CARDENAL GONZAGA

(Al Cardenal Rufo, señalándole una fuente de Sévres.)

Eminencia, el faisán!...

CARDENAL RUFO

...Como Arzobispo de Ostia y Cardenal Deán, recibiré mañana la embajada francesa... Ya le diré...

CARDENAL MONTMORENCY

(Interrumpiéndole.)

Es inútil. La humanidad progresa. Y no es justo se cierre al pensamiento humano, como puerta de oro, el viejo Vaticano.

¿Le diréis?... ¿Qué podría decir vuestra Eminencia?

CARDENAL RUFO

(Vehemente.)

Francia es la enciclopedia...

CARDENAL MONTMORENCY

Roma es la intransigencia...

CARDENAL GONZAGA

(Conciliador.)

No discutan más... ¡calma!



CARDENAL RUFO
(A un fámulo que, curvada la rodilla, sirve los vinos.)

¡Jerez añejo!

CARDENAL MONTMORENCY

¡Rhin!

(A otro fámulo.)

CARDENAL RUFO

¡Qué escándalo! Vió Roma por vez primera, al fin, a Benedicto, a un Papa, recibir con placer consejos de Inglaterra y cartas de Voltaire.

CARDENAL MONTMORENCY

(Grandiosamente.)

Las cartas de Voltaire honran...

CARDENAL RUFO

(Con una sonrisa desdenosa.)

¡Es natural!

habla como francés...

CARDENAL MONTMORENCY

(Con dignidad.)

Y como Cardenal.

CARDENAL GONZAGA

(Interviniendo de nuevo.)

Eminencias, son pláticas demasiado formales para una cena alegre... En fin, tres Cardenales no han de salvar a Roma.

CARDENAL RUFO

(Tomando una gran actitud.)

Pues bien, en mi conciencia, uno sólo faltaba para ello...

CARDENAL MONTMORENCY

(Con ironía.)

¿Su Eminencia?

CARDENAL GONZAGA

(Conciliador, dulcemente.)

Dejemos eso a Dios. ¡En sus manos está los destinos de Roma!

CARDENAL MONTMORENCY

(Con una sonrisa.)

¡Nosotros al faisán!

(Trinchando con galantería.)

Si permiten, yo sirvo. Es un faisán dorado, detestable político, mas todo embalsamado de trufas. No hizo Encíclicas, ni comentó la Suma,

ni ha usado Solideo sobre dorada pluma, ni discutió a Calvino en pleno Consistorio; mas vale más, sin duda, que el propio San Gregorio.

(Al Cardenal Rufo.)

¿No lo cree Su Eminencia?

(Al Cardenal Gonzaga, sirviéndole.)

¿Un muslo, el ala, el pecho?

¡Superior, sin disputa, sobre todo en Derecho Canónico! Eminencia, ¿un alón? ¡Ah, tal vez ablandarle consiga mojándole en Jerez!

El faisán es ya duro para viejos dolientes...

CARDENAL GONZAGA

(Muy formal.)

Eminencia, aun me quedan mis cuatro ó cinco dientes.

CARDENAL RUFO

(Probando el faisán.)

¡Benedicto estorco no obra acaso mal dándole al cocinero borlas de Cardenal!

CARDENAL MONTMORENCY

(Al Cardenal Rufo.)

Hace poco, Eminencia disgustóse conmigo... Confiese.

¿Yo?

CARDENAL MONTMORENCY

Enfadóse...

CARDENAL RUFO

Voltaire es enemigo...

CARDENAL MONTMORENCY

Y nosotros amigos... Son discordias fugaces, Eminencia...

CARDENAL RUFO

(Abrazándole con ternura.)

Mas luego...

CARDENAL MONTMORENCY

(Besándole.)

Viene el osculum pavis.

CARDENAL RUFO

Un beso y otro beso, un año y otro, en vano... ¡Como no se envejece el viejo Vaticano!

La intriga que se teje y muere cada día en el sutil misterio de esta tapicería...

Política en las sombras... Los pasos siempre iuciertos.

CARDENAL GONZAGA

(Mirando al estante de música.)

Lo único que nos salva...

CARDENAL MONTMORENCY

¡Oh, sí; nuestros conciertos!

CARDENAL RUFO

¡Oyendo nuestra música, los pecados se van!...

CARDENAL GONZAGA

(Con éxtasis.)

¡El alma a Dios elevan las fugas de Lalande!

CARDENAL RUFO

(A Montmorency.)

Y después... ¡Su violín, que nos transporta al cielo...

CARDENAL MONTMORENCY

(A Rufo.)

Pues ¡y su violoncello!

CARDENAL RUFO

(Con una sonrisa de beatitud.)

¡Solos los tres haríamos a Roma tan dichosa!...

CARDENAL MONTMORENCY

(Tristemente.)

¡La juventud tan lejos!...

CARDENAL GONZAGA

(Con una lágrima.)

¡Y tan cerca la fosa!

Cayó sobre nosotros la nieve, y nos helamos.

CARDENAL RUFO

¡Tan pronto envejecimos!

CARDENAL GONZAGA

(A Rufo.)

¡Tan viejos nos hallamos!

El sol de nuestras vidas empañó la tormenta...

CARDENAL RUFO

(Como en un sueño.)

¡Sol!

CARDENAL MONTMORENCY

(A su fámulo.)

¡Champagne!

CARDENAL GONZAGA

Mas su tibio recuerdo aun nos calienta...

El pensar que se ha amado, que se vivió... ¡El amor!...

¡El tronco envejecido soñando que aun da flor!
(Después de un instante como embebecidos.)
Un misterioso monte semeja nuestra vida...

Todo lleno de rosas frescas, a la subida,
y al bajar, todo espinas... ¡La juventud tan lejos!
¡Tan viejos nos hallamos!...

CARDENAL RUFO

(Tristemente.)

¡Tan viejos!

CARDENAL MONTMORENCY

¡Ay, tan viejos!

CARDENAL RUFO

Tengo setenta y tres.

CARDENAL GONZAGA

Yo, ochenta y uno...

(Montmorency sonríe, mirándoles.)

CARDENAL RUFO

(A Montmorency.)

¿Y vos?

CARDENAL MONTMORENCY

¡Sesenta ya he cumplido!

CARDENAL RUFO

(Mirando embebecido a Montmorency.)

¡Sesenta!... ¡Vive Dios!

¡Sesenta sólo! Aun vive en plena primavera.

Yo, a su edad, como un roble, fornido y firme era...

CARDENAL GONZAGA

Pues ¿y yo?

CARDENAL RUFO

¡Con sus años un hombre nunca es viejo!... El solideo, entonces, poname al espejo,

Y con amor veía, bajo seda bermeja, brillar hilos de oro entre la plata vieja.

CARDENAL MONTMORENCY

Con sesenta cumplidos no soy precisamente, ¡Perdonad, Eminencias!, un párvulo inocente...

También yo soy un viejo, mas con el aire blando de quien vivió sin penas y envejeció cantando.

CARDENAL GONZAGA

¡Aun sois un niño! Cuando lleguéis a nuestra edad,

veréis que los recuerdos de aquella mocedad son el único encanto que encuentran vuestros ojos...

Recordar, para un viejo, es postrarse de hinojos...

CARDENAL MONTMORENCY

¡También lo sé, Eminencias!... Vivir es recordar, transformar en sonrisa lo que nos dió pesar;

evocar en el alma una edad ya pasada, como en capilla de oro ha cien años cerrada,

donde ya no va nadie, mas donde hay un destello de las fiestas antiguas... ¡Como el recuerdo, es bello!

¿Cómo no he de saberlo?... Y es curioso, Eminencias,

No nos hicimos nunca íntimas confidencias, y somos como hermanos...

CARDENAL RUFO

¿Confidencias?...

CARDENAL MONTMORENCY

¿Qué tiene de extraño entre nosotros? ¡La muerte presto viene!

Miremos al pasado... Recordemos la vida... La saudade de un viejo es vareda florida...

CARDENAL RUFO

(Como en un sueño.)

¡Confidencia de amores!

CARDENAL MONTMORENCY

¿Por qué no se han de hacer? En toda juventud hay risas de mujer...

Hablando de esas risas, el pasado es presente. Recordar un amor, es amar nuevamente...

Nadie nos oye ahora...

CARDENAL GONZAGA

¡Eminencia!...

CARDENAL MONTMORENCY

¡El mayor amor de nuestra vida!...

CARDENAL GONZAGA

(Con sincero pudor tapándose la cara.)

¡Oh!

CARDENAL RUFO

(Como quien sueña.)

¡Sí; el mayor amor!

CARDENAL GONZAGA

(Como queriendo protestar.)

Mas somos Cardenales...

CARDENAL RUFO

(Entusiasmándose.)



El sentimiento humano en todas partes vive: ¡hasta en el Vaticano! Porque puede esta púrpura á nuestro amor matar: ¡mas nos deja el recuerdo!... ¡Y amar es recordar!

CARDENAL MONTMORENCY

(Al Cardenal Gonzaga.)

Que comience el más viejo... Eminencia...

CARDENAL GONZAGA

¡No, no!

CARDENAL RUFO

(A Montmorency.)

El más joven...

CARDENAL MONTMORENCY

(Excusándose pulidamente en un gesto.)

¡Perdonen!

CARDENAL RUFO

(Tomando una gran actitud.)

¡Entonces, seré yo!...

(Dudando un instante.)

¿Qué quieren que les cuente?

(Levantando la cabeza, los ojos brillantes, como el que encuentra algún recuerdo.)

La más bella aventura que imaginarse puedan... Si tuviese aun ternura mi voz, ¡con qué vehemencia la pudiese contar!... Eminencias, perdonen si al fin me ven llorar... Si se escapa una lágrima... ¡Ay, son impertinencias de viejos!...

CARDENAL MONTMORENCY

(Como convidándole á comenzar.)

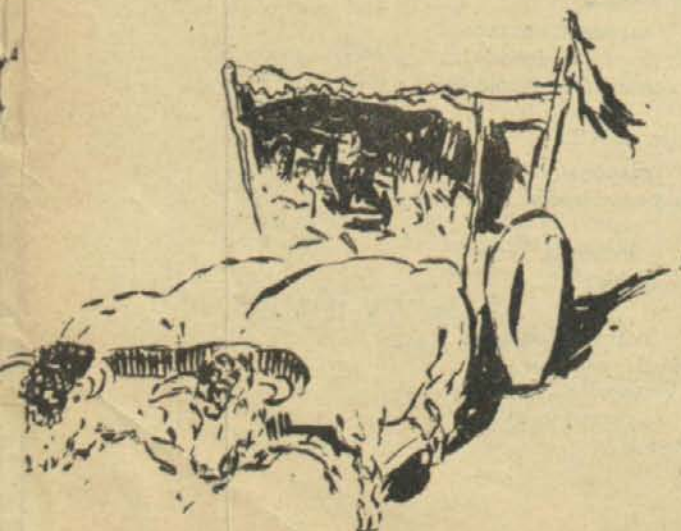
¡Eminencia!

CARDENAL RUFO

(Después de un ligero saludo á ambos.)

¡Ya comienzo! Eminencias...

A los veintidós años de edad próximamente fui yo, por gentileza de un hidalgo pariente, envuelto en mi atupia capa negra con vuelta blanca á leer leyes y cánones allá por Salamanca. Era yo un megalómano espadachín y osado, quanto al hombro, chambergo al viento, espada al lado, poseedor del instinto, de la frase y del gesto; Velázquez en el traje, Don Quijote en el resto, ¡muy capaz en mis impetus, como suprema hazaña, de haber desafiado al propio Rey de España! ¡Ay, calcular no puede ahora Vuestra Eminencia cómo mi bozo rubio irradiaba insolencia! No maté en duelo al sol, allá por las alturas, sólo por no dejar á Salamanca á oscuras!... Y respecto al amor, como esencia divina, me quedé en el Don Juan de Tirso de Molina. Para mi ardiente anhelo, el amor más sentido moría, aun en flor, una vez poseído... Odiaba á la mujer, después de conquistada: No podía sufrir aventuras sin celos; para mí los amores eran tan sólo duelos... Batíame al acaso, en fin, por cualquier cosa:



una mujer, un beso, una piedra preciosa, un lazo que se cae, una flor arrojada, la gracia de una risa, el don de una mirada... Al amor sin rivales no le daba importancia... Para mí todo era violencia y arrogancia: luchar, vencer, abrirme, en un furioso exceso, con la hoja de la espada el camino del beso... Tomarlo por asalto entre ansias y fatigas, como rojo estandarte, de manos enemigas... Así entonces vivíamos todos los estudiantes, olvidando á Platón y leyendo á Cervantes cuando entró de jornada en Salamanca un día, sobre carros de bueyes, la mejor compañía de cómicos de España...

CARDENAL MONTMORENCY

(Con una sonrisa.)

La de Molière ¿no vió?

¡Admirable, admirable!

CARDENAL RUFO

(Sin inmutarse.)

¡Mas como ésta, no!

¡Ni tan rico tampoco! Produjo una locura en la Universidad. La primera figura del bando, era una joven de talle primoroso, una antigua belleza un Rubens prodigioso.

CARDENAL GONZAGA

(Tapándose la cara.)

¡Oh!

CARDENAL RUFO

De un rubio flamenco la cabecita airosa, toda en un garavín de seda color rosa, como un beso de luz, rescandía inocencias.

CARDENAL MONTMORENCY

(Extrañando la palabra.)

¡Oh!

CARDENAL RUFO

¡Les pido perdón si me excedo, Eminencias! Era tan linda y frágil, que un ángel parecía... Si Dios la pretendiese... ¡á Dios desafiara! Ved un ángel diciendo, ¡naturaleza ciega!, versos de Calderón y de Lope de Vega. Se levantó la escena sobre un patio muy viejo, todo arinado, á la hidalga, con damasco bermejo, y una alfombra real de capas de estudiantes. (En un desfallecimiento enjugando una lágrima.) ¡Ay, lo que soy ahora! ¡Ay, cómo fui yo antes! ¡Cuánta luz, cuánto fuego la dura vejez roba! Después, representaron... no sé... La niña boba... Ese poema leve, esa farsa graciosa, en donde era ella la flor más prodigiosa... Iba ya á terminar la representación, cuando escuché á mi lado, en un bando follón de estudiantes, decir con voz ronca y sumida: «El rapto será luego... ¡Después de la salida! ¡Cerca de los Blasones!... Al disponerse á entrar en su silla de manos, caeremos á la par sobre ella.» Ya no quise saber ni escuchar nada... Desenvainado había medio palmo de espada, mas me contuve. «Luego es mejor», dije yo... Cuando acabó la pieza era noche. Cayó la cortina. La silla, esperándole fuera, junto á la vieja puerta de los Blasones, era como un nido infantil de lucido brocado... Cerca, el bando escolar aguardaba embozado. El anillo y la espada sólo valen lo que la mano que los lleva, me dije, y me oculté... Mas siempre es fuerte el brazo cuando la dama es bella...

Desenvainé la espada... y en esto asomé ella... Me aproximé en un salto, y en rápidos instantes, yo sólo contra una veintena de estudiantes, contra una Facultad, exponiendo la vida, con la espada en la mano y la capa tendida, tajé, ensangrenté, herí, con tal violencia... (Esgrimiendo el bastón sobre la mesa.) ¡Así! ¡Así!

CARDENAL MONTMORENCY

(Defendiendo la porcelana y el servicio riquísimo.)

¡Por Dios! ¡Es Sévres, Eminencia!

CARDENAL RUFO

(Sentándose con un gran gesto fanfarrón.)

Y no los maté á todos entonces, en verdad, por no cerrar las puertas de la Universidad.

CARDENAL GONZAGA

(Profundamente admirado.)

¡Solo, solo con veinte! ¡Una lucha sangrienta!

CARDENAL RUFO

¿Veinte?... Treinta, ó tal vez, contando bien, eunrenta.

CARDENAL MONTMORENCY

¿Y la silla de manos?

CARDENAL RUFO

¡Ay, desapareció!

CARDENAL MONTMORENCY

¿Y la cómica?

CARDENAL RUFO

Fuése.

CARDENAL MONTMORENCY

¿No la seguisteis?

¡No!

CARDENAL MONTMORENCY

¿No la visteis de nuevo?

CARDENAL RUFO

(Tristemente.)

Nunca á verla volví...

Por eso la amé tanto... Jamás la poseí...

CARDENAL MONTMORENCY

Yo en su caso, Eminencia...

CARDENAL RUFO

Diga...

CARDENAL MONTMORENCY

Si lo consiente...

A ella me acercaría rápida y gentilmente; y al contemplarla, entonces, fiel me arrodillaría, y el sombrero, al estilo viejo, me quitaría; y postrándome junto á la puerta dorada, el cuerpo arrodillado y el alma arrodillada, diríale con los ojos llenos de sueños locos: «¡Perdonadme, señora, si luché con tan pocos!»



CARDENAL RUFO

¡Hermosa frase! Lástima que no se me ocurriera entonces!... Ahora es tarde... ¡Si aún hallarla pudiera!...

CARDENAL MONTMORENCY

La frase tiene espíritu. Amor, pensando bien, no es tan sólo bravura, espíritu es también. Esa fuerza sutil, de toda fuerza base, que es el alma del gesto, nobleza de la frase, algo más tenue y fino, fluctuoso y ardiente, que arrodillar nos hace irreflexivamente: vence, perturba, infiltra, y al brotar de la boca, viste de seda y oro la confesión más loca. ¿Qué fuera sin espíritu el amor, Eminencia? ¡Una pasión brutal ó una impertinencia, sin pureza sin todo aquello que resume en un beso la vida y el alma en un perfume! Con sus puños de encajes, hasta es bella la ofensa, pues si es fina la espada, la frase es más intensa. Una sutil escuela de esgrima delicada: nos busca el corazón la frase, cual la espada, y al herir se deshace en mil piedras preciosas, cual los rayos del sol cuando hieren las rosas... ¡Si al hombre vence el hierro y si es bello vencer, hace más el espíritu, pues vence á la mujer! En mi tiempo, en los tiempos en que yo amé y viví, era lo que aun hoy son las de Montmorency: un gran espiritual león de nobleza, cabellera anillada, gola á la genovesa, paseando orgulloso, todo sedas triunfales, de los duques de Maine, los salones feudales. ¡Ay, qué lejos están estos tiempos de amor! ¡Qué lejos!... Cierta día, el viejo Philidor tocaba sobre el clave un lindo minuet... un mimo, ¡lo que hay más siglo diez y siete!

(Queriendo recordar y cantando.)

La-ri, la-rá, larí...

(Suspirando el canto tristemente.)

No me acuerdo bastante...

¡Todo pasa!

(Intentando de nuevo recordar.)

La-ri... Alguien en este instante, una linda mujer, que yo había encontrado á veces en Versalles, en su coche dorado, la Embajadora de Austria, un prodigio, un asombro, pasó en un lindo gesto su mano por mi hombro, y dijo con acento desdenoso: «Marqués, os odio.» Sonreí... Y por segunda vez: «Os detesto.» Aún reí dulcemente... Eminencias, una mujer bonita que nos dice insolencias es la cosa más bella, galante y deliciosa que puede imaginarse. Es como si una rosa



lanzase imprecaciones, trémula y sonrojada, contra el ala de sol de una abeja dorada... Mas, por tercera vez: «¡Marqués, os tengo horror!» Ya no rei... En el clave, el viejo Philidor tocaba el minueté...

(Queriendo aun acordarse. Con una gran expresión dolorosa.)

¡Tanto tiempo ha pasado, que aquellas dulces notas mi memoria ha olvidado!... Los años... No recuerdo...

(Viendo de repente el viejo clavicordio y levantándose.)

Recordarlo tal vez consiga en el teclado de este clave holandés.

(Hiriendo las teclas con la mano izquierda, de pie. Mientras toca, continúa hablando con los Cardenales.)

La-ri, la-rá... ¡Entonces, decidme, Eminencias! Me compuse el cabello, hice dos reverencias a la antigua, un pie atrás y la mano en la espada, y curvándome ante mi enemiga adorada, le murmuré: «¡La mano! ¡Démela, mi señora! No me detestará dentro de media hora.» Danzamos el minueté... Ella, era singular, me daba la ilusión de un encaje al danzar, un encaje ligero, Sajonia transparente, donde iban a posarse, perturbadoramente, como enjambre de oro, espiritual y leve, la sutil ironía y el epigrama breve, frase a lo Mirabeaux, ardiente y complicada, lo eterno casi todo—apenas casi nada—, espíritu—mesura, la sonrisa—elocuencia...

(Al Cardenal Rufo, que está más cerca.) ¡No sé precisamente lo que dije, Eminencia! Mas tuvo que ser algo sutil como una brasa, fugaz galantería ó perfume que pasa, poema todo resaca, apasionado y blando, la elocuencia de amores que la mujer prefiere, que vence si se humilla y besa cuando hierde... La-ri, la... Terminó la música por fin... Media hora después, solos en el jardín, la Embajadora de Austria, apasionada y loca, uniendo con la mía su pequeña boca, me dijo sonriendo: «¡Os adoro, Marqués!» ¡El espíritu había triunfado aún otra vez! Y mientras Philidor, junto al clave... (Toca procurando recordar y se desespera de no poder conseguirlo.)

No sé...

(Después, en una explosión de súbita alegría, sentándose al clavicordio a tocar.)

La-ri-rá... ¡El minueté!... Por fin lo recordé. La-ri-lá, la-ri-lá, la-rá...

CARDENAL RUFO
(Levantándose y aproximándose al Cardenal Montmorency.)

Vuestra Eminencia perdone si le digo alguna impertinencia.

CARDENAL MONTMORENCY
(Levantándose del clave.)

¡Linda música!... ¿Dice?

CARDENAL RUFO
(Sonriendo.)

Es que para vencer en tan florido juego a una simple mujer es mucho media hora... ¡Es el parecer mío!...

CARDENAL MONTMORENCY
¿Lo cree así?

CARDENAL RUFO
El espíritu es siempre más tardío...

¡A cuarenta bergantes fuertes y resolutos vencí yo con mi espada en dos ó tres minutos!

CARDENAL MONTMORENCY
(Con ironía.)

Si siguiese á la cómica... Su Eminencia vería...

(Al Cardenal Gonzaga, que piensa en una actitud casi de éxtasis.)

Su Eminencia ¿qué dice?

CARDENAL RUFO

(Acercándose también al Cardenal Gonzaga y tocándole en las espaldas.)

¿Qué piensa, Cardenal?

CARDENAL GONZAGA

(Como quien se despierta: los ojos llenos de luz y la expresión transfigurada.)

¡Qué diferentemente se ama en Portugal! Ni la frase sutil, ni el combate sangriento...

Amor es corazón, amor, es sentimiento... Una lágrima, un beso, un dulce repicar...

Dos novios de rodillas, que se van á casar... ¡Tan simple todo! ¡Amor que de rosas se enflora, y siendo triste, canta, y siendo alegre, llora!

El amor, sencillez que consuela y que besa... ¡Oh, cómo sabe amar la gente portuguesa!...

Tejer del sol un beso, y desde tierna edad, el amor en el beso, unir á la amistad,

en un anhelo casto y en una estima sana, sin saber distinguir la novia de la hermana...

Hacer vibrar de amores mil cuerdas misteriosas, como si en comunión se entendieran las rosas,

enal si todo el amor fuese uno solamente... ¡Ay, cómo es diferente! ¡Ay, cómo es diferente!...

CARDENAL RUFO
¿También Vuestra Eminencia amó?

CARDENAL GONZAGA
También he amado...

¿Se puede allá vivir sin haber adorado? Sin sentir en el alma, —¡oh, poderla aún sentir!

una saudade en flor que llora al sonreír. ¡Sí, amé! Yo tenía apenas quince abríles, y ella trece. Un amor de seres infantiles,

como nube de oro al abrir la mañana... Ella era mi primita... Era casi mi hermana...

Bonita no sería... Mas ¡qué dulce expresión! La gente se decía en plena población:

«El señor Mayorazgo no hallará igual esposa, ni en la vieja capilla la santa más hermosa.»

Y cuando, en nuestros juegos, junto á mí la veía, rezaba por lo bajo: ¡Es mía, es mía, es mía!

¡Oh, cuántas veces, cuántas, cansados de jugar, nos quedábamos fijos, mirándonos al par,

todos llenos de sol, la frente ruborosa...

(Con una gran expresión de dolor.)

Era fea, tal vez, mas Dios la encontró hermosa! Y una noche mi alma, mi única luz... ¡Murió!

(En una rebeldía angustiosa.)

Dios que me la ha quitado, ¿para qué me la dió? ¿Para qué, para qué?

CARDENAL MONTMORENCY
(Levantándose para sostenerlo.)

¡Valor!

CARDENAL RUFO
(Curvándose también para sujetarlo, todo conmovido.)

¡Resignación!

CARDENAL GONZAGA
¡Ay, también Dios, con ella me arrancó el corazón!

(Cayendo sobre la mesa sollozante.)

¡Que mi vida era ella el Señor no lo sabía! Pensó que de un amor otro amor surgiría,

y matóme... ¡matóme!

CARDENAL MONTMORENCY
¡Eminencia!

CARDENAL GONZAGA
¡Al final,

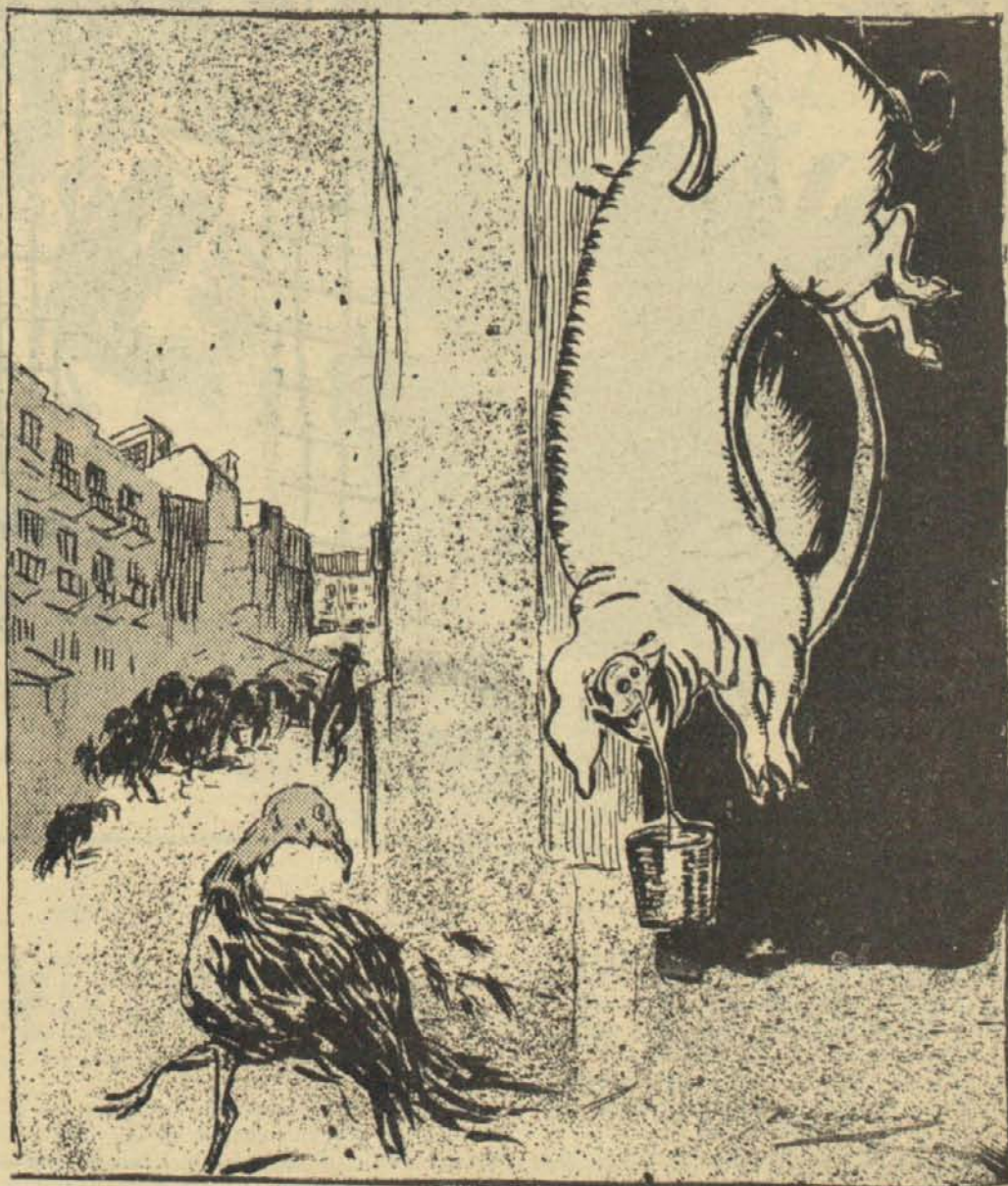
fué ese ángel al morir quien me hizo Cardenal! (Exaltándose y cayendo postrado luego.)

¡Y hoy sirvo á Dios, al mismo Dios que me la robó!

CARDENAL RUFO
(A Montmorency, limpiándose una lágrima, mientras suenan las once en el Vaticano.)

¡De los tres, él fué el único que de veras amó!...

CAE EL TELÓN LENTAMENTE
(Ilustraciones de Ricardo Marín.)



...y dice el cerdo: —Esto es gloria, amigo pavo, para como te has de ver tú.



Los pavos de "El Liberal".—El agraciado.

(Caricatura de Tito.)

Coloquio del cerdo y el pavo.

EL CERDO.—¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Mucho tiempo en Madrid?

EL PAVO.—Pero ¿no lees periódicos?

EL CERDO.—No me hables de periódicos. ¿Qué gente, chico! Supongo que sabrás que soy el cerdo de *España Nueva*.

EL PAVO.—Sí; te he visto retratado por Manolo Tovar. Por cierto que lo que ha hecho contigo no tiene nombre. ¡Indisponente

porque sí con Sánchez Guerra, que puede ser Poder de un omento á otro!...

EL CERDO.—Si fuese eso sólo. ¿Llevas mucha prisa?

EL PAVO.—Puedo disponer de un cuarto de hora.

EL CERDO.—Pues escucha. Empiezo por reconocer que soy una víctima de mis ideales... En un mitin de Tetuán me presentaron á Blanco Soria. Su elocuencia y su distinción me cautivaron, y á partir de aquella noche se

estableció entre nosotros una corriente de solidaridad y simpatía. Ibamos juntos á todas partes, nos consultábamos nuestras dudas, planteábamos para el porvenir, y convencido de mi lealtad y desinterés—ya sabes que nunca he tenido aspiraciones políticas—decidió presentarme á Rodrigo Soriano. ¡Nunca lo hubiera hecho! Soriano, que cada día es más demócrata, me recibió con los brazos abiertos y desde luego dispuso que me instalaran en la gerencia, á su lado; allí hubiese estado di-

vinamente si un accionista del periódico no le hubiera hecho observar que el despacho de la gerencia era muy pequeño para los dos. Entonces, visiblemente contrariado, se arrancó un pelo de la nariz—imitando un movimiento mío—y dirigiéndose al *Sastre del Campllo*, dijo: «Bueno; pues que se le lleven a la redacción ó á la administración; pero que le pongan en un sitio donde pueda lucirse, porque este cerdo es más conjuncionista de lo que ustedes creen.» Viérgol me dió una palmadita en el morrillo y me acompañó á la redacción, presentándose á los compañeros, con frases de alabanza, que nunca le agradeceré bastante. Yo, sin embargo, comprendí que era objeto de un recibimiento hostil. Los noticieros me miraban de reojo, y García Cartés, para mortificarme en lo más íntimo, comenzó á dictar un artículo de fondo á Blanco Soria como diciendo: «Si hago esto con el director, ya puedes suponer lo que haré contigo.»

Confieso que soy algo susceptible; pero así hubiera permanecido resignado en la redacción si no hubiese visto un decidido empeño en que sustituyese á Bergia en la sección de Tribunales. Resultado, que pedí mi traslado á la administración en un puesto cualquiera; pero allí tampoco podía estar decorosamente un cerdo como yo. ¡Qué manera de discutir, y sobre todo qué mareo de cuentas! Aunque mi misión era facilísima, los empleados me dieron de lado, llamándome intruso y absorbente. En fin, que presenté mi dimisión

con carácter irrevocable, convencido de que no servía para nada... Me fué aceptada inmediatamente, acordando, *ipso facto*, dejarme á disposición de la Empresa para ser rifado esta Navidad entre los lectores de *España Nueva*. Ya conoces mi historia. Ahora sólo le pido al destino—terminó el pobre cerdo con un suspiro amarguísimo—que la suerte no me sea adversa del todo para que no acaben mis restos en un economato socialista. (Pausa.) ¿Y tú?... cuéntame...

EL PAVO.—Yo he tenido suerte; verás. Hace unos quince días me enjaularon en Viana del Bollo con destino á *El Liberal*, cuyo periódico obsequia también á sus lectores con una rifa de soberbios gallináceas, como dice Alfredo Vicenti en el paroxismo de sus refinamientos zoológicos. El viaje le hice muy aliado, á pesar de los esfuerzos que por entretenerme hizo un gran capón que venía consignado á una marquesa.

EL CERDO.—¿A quién dices?

EL PAVO.—A una marquesa.

EL CERDO.—Sigue.

EL PAVO.—Al llegar á Madrid me instalaron en un espacioso corral con otros compañeros de sacrificio; pero como á D. Alfredo le gusta inspeccionarlo todo (acuérdate del suelto que produjo el pleito) nos hizo una visita, acompañado de Rodríguez Lázaro. Se fijó un momento en mí, y con esa perspicacia que le caracteriza comprendió en seguida que era paisano suyo, y dirigiéndose á Rodríguez Lázaro, exclamó: «¡Belló ejemplar! ¿verdad

Antoñete? Fíjate en la fortaleza de las remeras y en el desflecado de las tectrices. Este obsequio me parece bastante más delicado que el astiodáctilo que ofrece nuestro Rodrigo á sus muchedumbres.»

Lázaro y yo nos quedamos un poco perplejos, y D. Alfredo, decidido á favorecerme con su protección, añadió de una manera definitiva: «*Toñete*. Que le guarden toda suerte de consideraciones. Tratádmelo como al mismo Polito Bejarano, á quien sigo estimando á pesar del endiablado telegrama de la señorita Mussó.»

Y aquí me tienes como el pez en el agua. Lázaro me compra plátanos, procedimiento mixto que le permite sobornarme y demostrar que no le son indiferentes los intereses de sus electores, y por las noches me cuenta todo lo que habla con Romanones. Además me ha ofrecido, si soy discreto y le ayudo en sus informaciones, hacer trampas en el sorteo para que me toque á un vegetariano, en cuyo caso seré eterno.

EL CERDO.—Dichoso tú...

EL PAVO.—Sí, confieso que estoy satisfecho... Conque ánimo y hasta otro rato. Quién sabe todavía...

EL CERDO.—¿Pero te vas...?

EL PAVO.—No tengo más remedio. Tengo que ir á casa de Lacierva para recomendarle que no coma pavo este año.

El pobre cerdo cerró los ojillos, y resignado y estoico se puso á reflexionar sobre la suerte marrana...

CARLOS SOLER.



LA PIANOLA



no es un aparato puramente mecánico, como algunos suponen sin conocerle, por creer Pianola á todos los aparatos tocadores, y no es así, puesto que Pianola solo se llama al aparato fabricado por The ÆOLIAN Company.

CERTIFICADOS

Todo aquel que desee oír tocar el piano de una manera impecable debe comprar una PIANOLA.

I. J. PADEREWSKI

Considero el METROESTILO indispensable al PIANOLA y he indicado n.º 1 interpretación en varias composiciones con mucho interés.

Ya conocen ustedes mi opinión sobre el Pianola, pero tengo mucho gusto en decirles que el nuevo PIANOLA-METROESTILO es aún más notable.

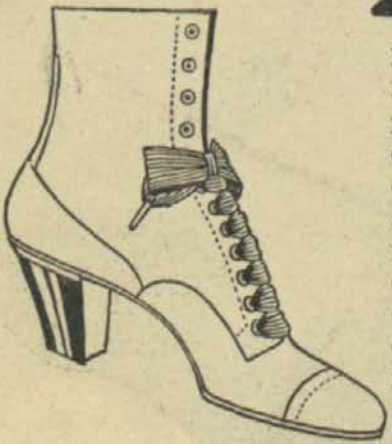
I. J. PADEREWSKI

:: :: Salón ÆOLIAN--R. CAMPOS :: ::

Calle de Nicolás María Rivero, 11.--MADRID

Audiciones y demostraciones á todas horas. Catálogo ilustrado X se envia gratis á quien lo solicite.

Queen Quality CALZADO



En nuestra opinión no hay nada demasiado bueno para el Bello Sexo. Y con esta idea como norma es que hemos escogido el calzado "Queen Quality" para ofrecer á nuestras damas, en la certeza de que no han de encontrar en él nada que no corresponda al grado más alto de elegancia y buen gusto.

EUREKA

Nicolás María Rivero, 11.

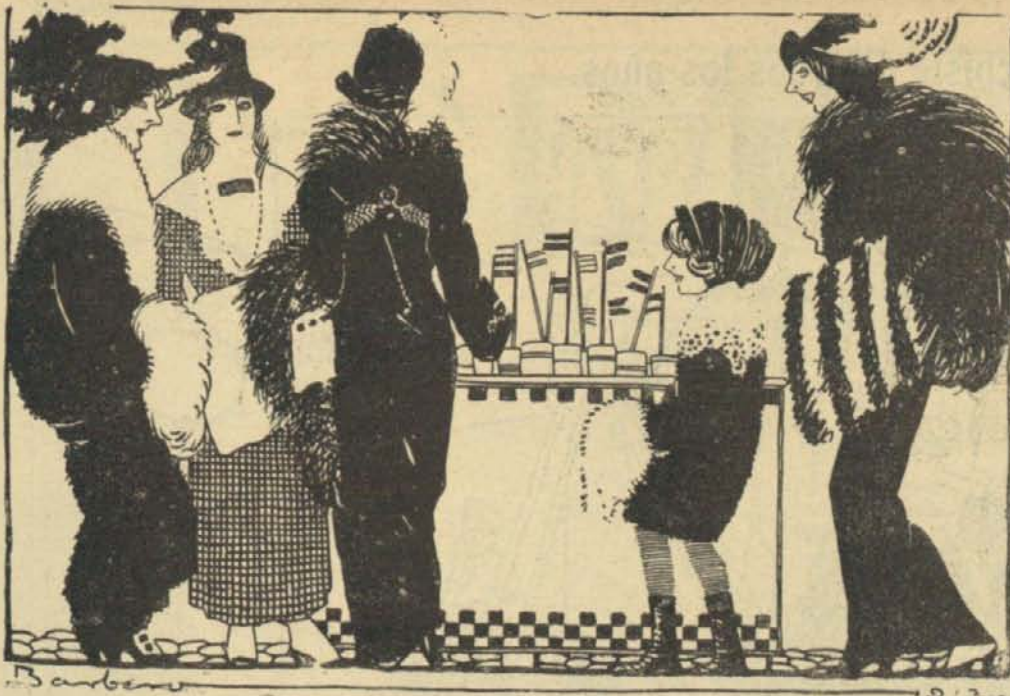
La chistera en el Congreso.



El lacayo.—Dentro del Salón de Conferencias hará menos frío.



El trapero.—Estoy por colarme.



En la Plaza de Sta. Cruz. Por Barbero.

Mamá, cómprame una
zambomba.

No, hijita; eso
es cosa de chicos.

≡ PARA NOCHEBUENA ≡

¿Dónde se encuentran las cosas de capricho y económicas para regalos, como cestas, bandejas, pulardas, faisanes, capones, terrinas de foiegras, frutas de la Habana, jamones de York, Avilés y Trevélez, frutas francesas, turronez, mazapanes, champagnes, licores, vinos del Rhin, viejísimos, Borgoña, Bordeaux y Oporto; galletas inglesas y francesas, como también los ricos mariscos y pescados que expende en la sección de pescadería?

= CASA DE ANGEL FERNANDEZ =

Cedaceros, núm. 14.

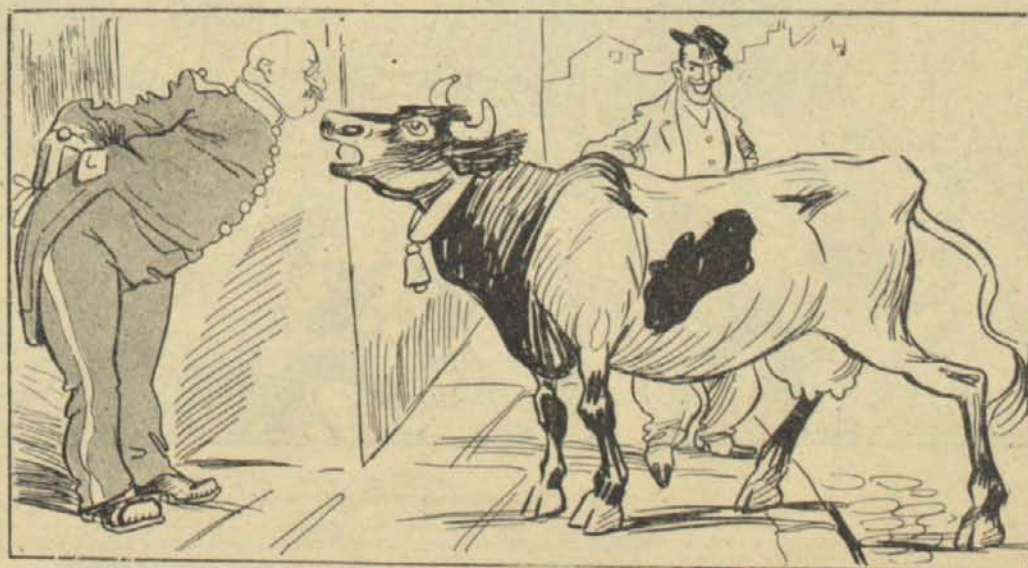
ESQUINA A ARLABAN.—TELEFONO NUMERO 499.—MADRID

VEASE LA EXPOSICIÓN

La Fiesta Nacional. Por Tito.

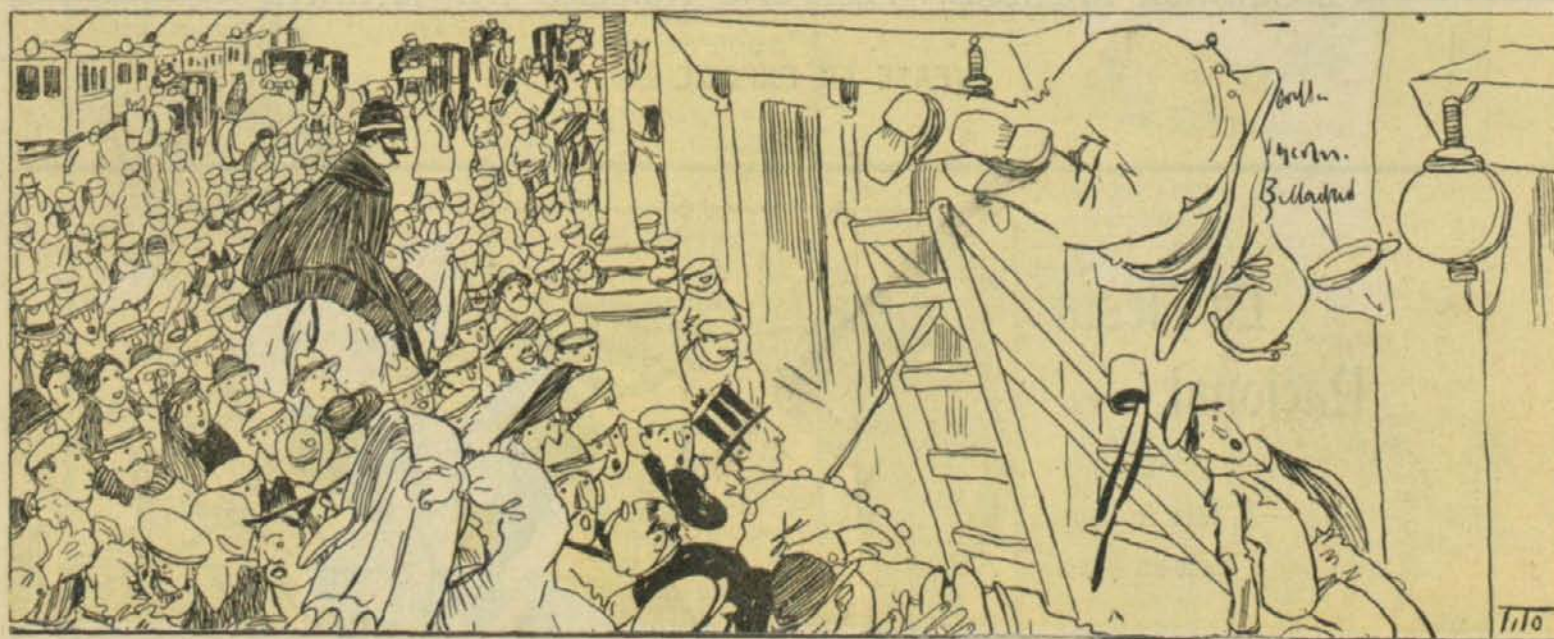
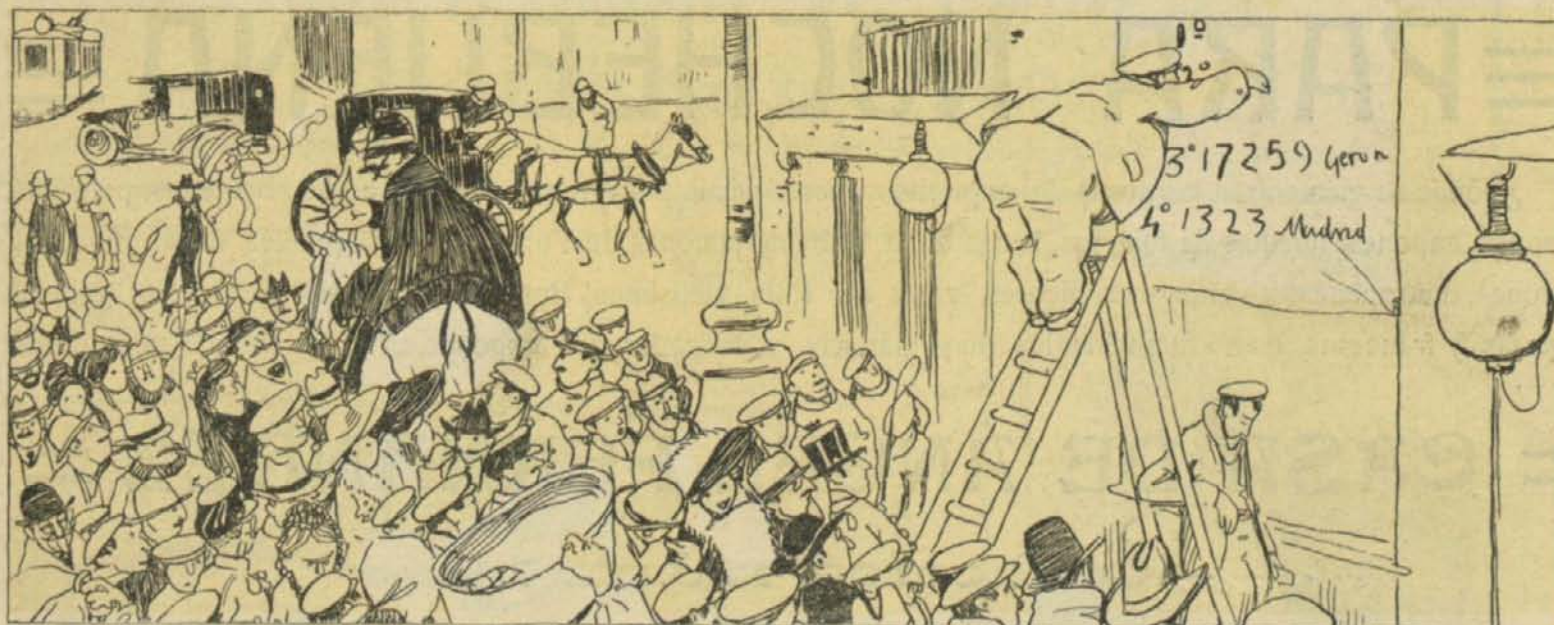
El Ujier:

—A ésta le han
dado un pase.



El chiste de todos los años.

(Caricaturas de Tito.)



¡Cayó el gordol

Imprenta de Antonio Marzo. San Hermenegildo, 32 dupdo. —Fotografados de Enrique Bianco. —Papel fabricado especialmente para EL GRAN BUFON por la Papelera Madrileña
Prohibida la reproducción de texto y grabados.